



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

septiembre/octubre 2023

Índice n° 5/2023

2	Los milagros del Señor Jesús	<i>W.W. Fereday</i>
4	La parábola de los tres amigos	<i>Ch. Briem</i>
8	Sube a Bet-el	<i>S. Prod'hom</i>
13	La prueba de la fe	<i>J.N. Darby</i>
15	Las astucias de Satanás	<i>E.A. Bremicker</i>
18	Pensamiento	

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Los milagros del Señor Jesús

(Viene de la página 5 del n° 4/2023)

31. El estanque de Betesda

Juan 5:1-18

“Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo...” (Romanos 8:3). Estas palabras del apóstol Pablo declaran inequívocamente la impotencia total de la ley para ayudar al hombre arruinado, y la absoluta necesidad de la intervención del Hijo de Dios. Estos principios son ilustrados en el caso del hombre enfermo que fue sanado por el Salvador junto al estanque de Betesda.

En los pórticos del estanque yacía una multitud de enfermos, porque de tiempo en tiempo un ángel agitaba el agua, lo que daba sanidad al que primero descendía a él. Esto era una manifestación de la misericordia de Dios, útil para aquellos que poseían aún algo de fuerza, pero de la cual aquellos que no tenían ninguna, no podían beneficiarse. El estanque es una imagen de la ley que promete vida y justicia a los que la guardan en todas sus partes, pero que solo trae condenación y muerte para quienes son incapaces de cumplirla (Gálatas 3:10-12). Dado que el hombre es profundamente malo

en raíz y rama, y “débil” (Romanos 5:6), es claro que la ley no puede otorgarle ninguna bendición. La Escritura dice verdaderamente que “el poder del pecado (es) la ley” y que “la ley produce ira” (1 Corintios 15:56 y Romanos 4:15).

El Salvador vio a un hombre en Betesda que estaba enfermo hacía ¡38 años! Es el mismo periodo que el pueblo de Israel pasó errando en el desierto a causa de su desobediencia (Deuteronomio 2:14). Este hombre había observado ese estanque, esperando contra toda esperanza. No se imaginaba que la sanidad pudiese llegar a él por algún otro medio. Tristemente, hoy en día, una multitud en la cristiandad hace lo mismo. Su único pensamiento en cuanto a la salvación es que esta se obtiene por medio de esfuerzos humanos, si en realidad se puede obtener. ¡Y esto después de la plena revelación de la gracia de Dios en Cristo!

A la pregunta de Jesús, “¿Quieres ser sano?” el enfermo respondió: “Señor... no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo”. Verdaderamente una respuesta extraña, viendo que el estanque no había sido mencionado en la pregunta. Él debía aprender que lo que el estanque jamás podía lograr para alguien como él, el Hijo de Dios lo podía cumplir enseguida por medio de Su palabra. Entonces, al mandato del Omnipotente, “Levántate,

toma tu lecho, y anda”, se levantó, tomó su lecho, y se fue a su casa. De igual manera hoy aún, la palabra del Salvador puede responder a todas las necesidades de un alma, sin ninguna obra. “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). Su muerte expiatoria y su resurrección triunfante son la base sobre la cual él puede ofrecer tan simplemente la salvación a los hombres perdidos.

Si los corazones y las conciencias hubiesen sido sensibles en Israel, habría habido una humillación nacional ante Dios a causa de la multitud sufriente que rodeaba el estanque de Betesda. De acuerdo con las promesas hechas a Israel, el sufrimiento y la enfermedad debían ser desconocidos entre ellos si hubiesen permanecidos fieles a Dios (Deuteronomio 28:1-14). Pero el pueblo, y especialmente los líderes religiosos, se habían vuelto completamente insensibles a las cosas divinas. En lugar de apreciar la bondad del Salvador, procuraron matarle por sanar en el día de reposo. ¡Tan lejos de Dios puede estar la religión!

32. El ciego de nacimiento

Juan 9:1-38

El Salvador acababa de escapar del odio de sus enemigos que habían tomado piedras para arrojárselas

porque había declarado: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58). Al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento. Los discípulos le preguntaron quién era el responsable por esta aflicción: ¿el hombre o sus padres? Ellos tenían tan poco discernimiento como los tres amigos de Job, quienes consideraban el sufrimiento como una señal del desagrado divino, y no veían más allá en cuanto a esto. El Salvador señaló un propósito más alto: “es... para que las obras de Dios se manifiesten en él” (Juan 9:3). La miseria del hombre daba la oportunidad de desplegar el poder y la bondad de Dios.

Entonces Él procedió a sanarlo, adoptando en esta oportunidad métodos completamente únicos: Escupió en tierra, hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo sus ojos, y le dijo que se fuera a lavar en el estanque de Siloé, “que traducido es, Enviado”. La sanidad fue el resultado inmediato. ¿Pero qué aprendemos de este extraordinario relato? El lodo simboliza la humilde humanidad de nuestro Señor; la saliva representa el agua que es el emblema del Espíritu Santo (Juan 7:37-39). Cuando una persona comprende por el Espíritu que el poderoso Dios se hizo hombre para su salvación, y que el que anduvo humillado en la tierra es realmente el “Enviado” del Padre, su ceguera espiritual desaparece para siempre. Desde entonces este comienza a ver, y todo se percibe en

su verdadera luz. El Evangelio tiene el propósito de abrir los ojos de los hombres, “para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios” (Hechos 26:18). El Evangelio no es un mero sistema de doctrinas, ni simplemente un código moral; es el testimonio de Dios a los hombres concerniente a su amado Hijo, Dios y hombre en una persona, el que sufrió en la cruz como nuestro sustituto, pero que ahora está glorificado en los cielos.

El hombre sanado fue pronto interrogado por sus vecinos en cuanto a su vista recuperada; él solo pudo responder que “aquel hombre que se llama Jesús” lo había bendecido así. Los líderes religiosos se enteraron del asunto y pronto manifestaron su amarga hostilidad contra este bondadoso Sanador. Pruebas de Su poder no faltaban, pero no estaban dispuestos a reconocer su misión divina, aunque fuese evidente. Los padres esquivaron sus preguntas, teniendo miedo de ser expulsados de la sinagoga.

Al examinar ellos mismos al hombre, los fariseos pretendieron honrar a Moisés, y aun a Dios mismo. Pero su intención invariable era la de deshonar al Señor Jesús. La simplicidad del hombre los irritaba, asimismo como su expresión de sorpresa ante las preguntas que hacían. ¿Cómo era posible que tan grande maravilla hubiese sido realizada en el país sin que los maestros de la ley pudieran explicar

de dónde venía tal poder? El simple y justo razonamiento de este hombre, según el cual su Sanador debía por lo menos ser un hombre temeroso de Dios y hacedor de su voluntad, los irritaba más allá de toda paciencia. Ofendidos en su orgullo, lo expulsaron diciendo: “Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?”

Al expulsarlo, no sabían que sería para su bendición. La oveja expulsada fue pronto encontrada por el Buen Pastor, también despreciado y rechazado. Cuando su Libertador se reveló a él como el Hijo de Dios, él cayó a sus pies y lo adoró, diciendo: “Creo, Señor”.

La religión puede ser hostil al Hijo de Dios hoy como en los días de su humillación; pero lo esencial para nosotros es de conocer a este Salvador que puede satisfacer las necesidades de nuestras almas.

(Continuará)

La parábola de los tres amigos

Lucas 11:5-8

Introducción

Dios tiene diferentes maneras de responder a nuestras oraciones. A

veces nos deja orar durante mucho tiempo. Lo hace para poner a prueba nuestra fe y perseverancia. En otras ocasiones, responde a nuestra oración de inmediato. Cuando Daniel se humilla ante Dios, en el capítulo 9 de su libro, la respuesta llega mientras “aún estaba hablando en oración” (v. 21). Pero en otra ocasión, vemos a Daniel estar afligido por espacio de “tres semanas” antes de recibir una respuesta (10:2). Al posponer la respuesta, Dios quiere llevarnos a tener una plena comunión de pensamientos con él. Porque la perseverancia en la oración afianza la comunión con Dios y la toma de conciencia de nuestra dependencia en él.

Hay casos en los que debemos pedir con perseverancia y sin cesar, mientras que en otros debemos dejar de orar. El apóstol Pablo tuvo que darse cuenta de eso por sí mismo. Tres veces le había rogado al Señor que le quitara su “aguijón en la carne”. Pero el Señor le hizo entender que no era su voluntad; le dijo: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9). Del mismo modo, ante la súplica de Moisés para permitirle entrar a la tierra prometida, Dios respondió: “Basta, no me hables más de este asunto” (Deuteronomio 3:26).

Estos contrastes en la forma en que Dios contesta nuestras oraciones pueden resultarnos difíciles de

comprender. Sin embargo, siempre necesitamos fe, tanto si Dios nos responde al momento como si nos hace esperar mucho tiempo. Sin el ejercicio de la fe, las oraciones que han sido respondidas de inmediato podrían llevarnos a la independencia. Si Dios siempre nos respondiera así, no sería para nuestro bien. Por otro lado, si la fe es necesaria para perseverar en la oración, también lo es cuando hay que dejar de orar por tal o cual cosa, y esperar que Dios actúe de acuerdo con sus caminos. La mansa sumisión a la voluntad de Dios, aunque no esté en su mente concedernos lo que le hemos pedido, solo puede llevarse a cabo confiando plenamente en su bondad y sabiduría.

Así pues, la verdad suele tener varios aspectos. Tanto si se trata de la oración como de cualquier otro tema, debemos tener cuidado en no dar más importancia a un aspecto de la verdad que a otros pasándolos por alto. ¡Que Dios nos dé un sano equilibrio!

Dos parábolas nos enseñan el valor de la oración constante y perseverante: la de **los tres amigos** en Lucas 11 y la de **la viuda y el juez injusto** en Lucas 18. Nos detendremos más particularmente en la primera. En ella vemos a un hombre pidiendo a un amigo en favor de otro amigo que ha venido a él de viaje.

Al comienzo del capítulo 11, Lucas nos presenta al Señor en oración, en la actitud del Hombre que depende perfectamente de su Dios. Alentados por el ejemplo de su Maestro, los discípulos parecen discernir la importancia de la oración, y uno de ellos le pregunta: “Señor, enséñanos a orar”. El Señor responde a esta petición enseñándoles el llamado «Padre Nuestro», una oración maravillosa perfectamente adaptada a su situación. Los discípulos todavía no estaban en la posición cristiana, el Señor aún no había pasado por la muerte y la resurrección. Como judíos de esa época, no habrían podido entender las exigencias específicamente cristianas. Esta oración, que el Señor enseña, tuvo su aplicación literal al remanente judío de esa época, y la tendrá nuevamente en el remanente judío en el futuro. Sin embargo, contiene principios morales que son válidos en todos los tiempos.

Para concluir sus enseñanzas, el Señor añade la parábola de los tres amigos, cuyos rasgos son particularmente significativos. Aquí encontramos paralelismos y contrastes entre la manera de actuar de Dios y la del hombre.

El amigo que pide

La parábola nos presenta primero a un amigo que hace una petición. No pide a su favor, sino

que intercede por otro, exponiendo la situación. Podemos animarnos a hacer ambos tipos de oraciones, por nosotros mismos y por nuestro prójimo. Ambas cosas son justas y necesarias. Veamos más allá de nuestras propias circunstancias y no descuidemos la oración por los demás. Las epístolas nos exhortan: “Orando... con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí” (Efesios 6:18). “Exhorto, ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia” (1 Timoteo 2:1-2).

Lo que nos sorprende particularmente en la parábola es la brevedad de la petición. El que pide no hace un largo discurso a su amigo, sino que se expresa de manera clara y precisa: “Amigo, préstame tres panes”. Él le pide exactamente lo que necesita. ¡Qué enseñanza para nosotros! Especialmente cuando oramos en público, debemos esforzarnos por expresarnos de manera precisa y concreta, y evitar perdernos en abundantes y vagas consideraciones. Darle un discurso a Dios cuando estamos de rodillas es lo contrario de lo que el Señor nos enseña aquí. Las oraciones de carácter general no siempre pueden evitarse; pero intentemos mostrar un interés más profundo por la persona

o situación mencionada cuando oremos por un tema en concreto.

El carácter apremiante de la petición se hace patente en la parábola cuando el que pide llega a la puerta de su amigo a horas inoportunas. Él mismo es demasiado pobre, o circunstancialmente no puede alimentar a su amigo que ha venido de viaje. Confiando en que su otro amigo pueda ayudarle, llama a su puerta a medianoche. No se deja intimidar ni por su rechazo ni por su negativa y, aunque la puerta ya está cerrada, sigue llamando hasta conseguir lo que quiere.

Dios se complace en las oraciones constantes e insistentes de sus hijos. Encontramos este pensamiento en los profetas: “Los que os acordáis de Jehová, no reposéis, ni le deis tregua...” (Isaías 62:6-7). Abraham mostró constancia cuando intercedió ante el Señor en favor de la ciudad de Sodoma, y disminuyó gradualmente el número de personas justas que estaban allí (Génesis 18:22-33). Tal insistencia en la oración honra al Dios Todopoderoso.

La humilde confesión de nuestra propia debilidad es una condición importante para agradar a Dios cuando oramos. El que vino a pedir tres panes era consciente de su miseria, de su incapacidad para ayudar a su amigo hambriento; y por eso se dirige a su otro amigo más rico que él. Nosotros tampoco podemos

confiar en nuestros propios recursos para alimentar a las personas hambrientas que nos rodean, ya sean las necesidades de los pecadores perdidos o de los hijos de Dios. Sin embargo, conocemos a Aquel que es rico —rico también en misericordia— nuestro Dios y Padre. ¡Vayamos a él cuando necesitemos pan para nosotros y para los demás!

El amigo que recibe la petición

En la aplicación de la parábola, existen claras semejanzas entre el que pide y la actitud que debemos adoptar. Caso contrario, si observamos la actitud del amigo rico a quien va dirigida la petición. ¡Qué contrastes entre su actitud y la forma de actuar de Dios! ¿Podría ser que acudiéramos a Él en mal momento? ¿Sería posible que nos dijera: “No me molestes; la puerta ya está cerrada”? —¿O que alegara una excusa u otra para enviarnos de vuelta? ¡De ninguna manera! “He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel” (Salmo 121:4) Él desea dar y da aún más de lo que le pedimos. Siempre es accesible y nunca debemos temer perturbar Su descanso. Está escrito en los Proverbios: “En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia” (17:17); esta palabra se aplica particularmente a nuestro Señor.

La forma en que se concede la petición en la parábola es también muy contraria a la manera de actuar de Dios. El amigo, a quien va dirigida la petición, no solo ve perturbado su descanso, sino que también alimenta sentimientos egoístas y desagradables hacia su prójimo. Por eso, primero se niega a abrir la puerta. Luego, para evitar ser molestado por su insistencia, se levanta y le da todo lo que necesita. No se lo da porque sea su amigo, sino por su importunidad. Pero Dios nunca da por tales motivos y tampoco de esta manera. Nuestro Padre está lleno de amor y bondad. Él ama bendecirnos, y bendice sobreabundantemente a quienes, con toda confianza, acuden a él con sus necesidades.

Si la perseverancia ya produce resultados cuando uno se dirige a un hombre que solo ve importunidad en ella, ¡cuánto más responderá Dios a las llamadas perseverantes de sus hijos que confían en Él!

Siguiendo la parábola, el Señor agrega: **“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.** Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (v. 9-10). Es alentador dar a nuestras oraciones ese carácter apremiante que Dios ama responder.

Las dos parábolas de Lucas 11 y 18 nos muestran el inmenso contraste que existe entre el hombre y

Dios. El juez injusto se ve forzado a acceder a la petición de la viuda oprimida, pero lo hace para que no le fastidie más con su incesante lamento. El hombre egoísta se ve obligado a levantarse a medianoche para satisfacer las necesidades de su amigo, pero lo hace solo por su importunidad. Por el contrario, Dios se complace en derramar su bendición sobre aquellos que le piden y oran con rigor, perseverancia y fe.

La viuda acudió al juez para explicarle su propia causa. El amigo, sin embargo, intervino en favor de su amigo hambriento. Así, el Señor nos enseña que podemos orar por nosotros y por los demás hasta que seamos escuchados. Una de estas parábolas ilustra la exhortación: “Pedid, y se os dará”; y la otra: “Llamad, y se os abrirá”.

Ch. Briem

Sube a Bet-el

Génesis 35

Jacob estaba en Siquem, bajo la conmoción suscitada por la acción violenta de sus hijos contra los moradores de este lugar. A vista humana ¿qué sería de él? Los cananeos no dejarían de vengarse, y, como él dijo:

“Teniendo yo pocos hombres, se juntarán contra mí y me atacarán, y seré destruido yo y mi casa” (34:30). Es lo que hubiese sucedido si Dios lo hubiera dejado bajo las consecuencias de su estancia en Siquem y de la conducta de sus hijos. Pero Dios le había dicho: “Yo soy el Dios de Bet-el, donde tú ungaste la piedra, y donde me hiciste un voto. Levántate ahora y sal de esta tierra, y vuélvete a la tierra de tu nacimiento” (31:13). Esta mención del “Dios de Bet-el”, recordándole el voto que había hecho cuando dejaba la casa paterna, debió darle la seguridad de que los cananeos no podrían destruirlo, ni a él, ni a su casa, porque Dios le había dicho: “He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho” (28:15). Si Jacob no se acordaba de esas promesas, Dios sí, y cumpliría lo que había dicho. Es lo mismo para nosotros los cristianos; si Dios nos dejara bajo las consecuencias de nuestra infidelidad y paradas en este mundo donde perdemos el carácter de extranjeros durante nuestro camino al cielo, nunca alcanzaríamos la meta. Es lo que nos enseñan Hebreos 3 y 4: “Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado” (4:1). Jacob no parecía haber alcanzado la meta a la cual Dios lo llevaba cuando

edificó casa e hizo cabañas en Sucot, y compró un campo en Siquem (Génesis 33:17-19). Toda demora en el camino de la fe es peligrosa y dañina. Por eso somos exhortados a correr “con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:1-2).

Pareciera que Jacob no tenía prisa en ir a Bet-el, el lugar del encuentro con Dios. Esta presencia lo había atemorizado (Génesis 28:17). La había perdido de vista todo el tiempo de su estadía en Harán. No se daba cuenta de que solo en esta presencia es posible ser dichoso y es allí donde Dios quiere llevarlo.

A menudo Dios es llamado “el Dios de Jacob”. Se ocupaba especialmente de él para hacerle permanecer en la posición privilegiada que le había dado al elegirlo como patriarca de su pueblo, antes que escoger a su hermano Esaú. Ya lo había encontrado en Peniel, para enseñarle que la fuerza que necesitaba se encontraba en Dios y no en su naturaleza independiente e intrigante. Ahora viene a Jacob en este momento tan sombrío en que, a simple vista, sería destruido y le dice: “Levántate y sube a Bet-el, y quédate allí; y haz allí un altar al Dios que te apareció cuando huías de tu hermano Esaú” (35:1). Jacob no solo debía pasar por Bet-el, sino quedarse allí y hacer un altar, el cual

es una figura del culto. Es lo mismo para nosotros los cristianos: Dios hizo todo lo que era necesario para que podamos estar en su presencia y practicar el culto que desea, buscando adoradores que le adoren en espíritu y en verdad (Juan 4:23). La obra de Cristo nos puso en la presencia de Dios, en luz, como él está en luz. Entramos allí por la eternidad el día de nuestra conversión. Viviendo en el sentimiento de esta presencia, el corazón está lleno de agradecimiento, y una alabanza continua puede subir de nuestros corazones a Dios, no solo cuando adoramos reunidos como iglesia, sino en todo momento, como está escrito en la epístola a los Hebreos: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (13:15).

Gozando de la presencia de Dios comprendemos mejor la inmensidad de su amor; allí nos olvidamos de nosotros mismos para gozar de la gracia maravillosa de la que somos objeto. Si nuestros corazones estuvieran constantemente dispuestos a apreciar esta gracia de Dios, nuestra vida entera le sería ofrecida en agradecimiento. “Por las misericordias de Dios” el apóstol Pablo ruega que presentemos nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (Romanos 12:1). Cuando nos reunimos para ofrecer el culto en la iglesia, con qué fervor haríamos

subir delante de Dios las alabanzas y la adoración, si nuestros corazones estuvieran habitualmente llenos de agradecimiento hacia Aquel que es el autor, la fuente y la causa de nuestra eterna felicidad.

En los versículos siguientes (Génesis 35:2-5), el llamamiento de Dios hizo comprender a Jacob otra gran e importante verdad que había descuidado, o ignorado hasta aquí, y que tiene también su importancia para nosotros. En el capítulo 32:24, Jacob se había quedado solo cuando Dios luchó con él; estaba siendo preparado personalmente. Pero aquí Jacob sintió la responsabilidad sobre su casa que, como testimonio, estaba en la misma posición que él, y debía estar también en la práctica en un estado conveniente para presentarse delante de Dios. Un padre de familia no debe caminar solo en la presencia de Dios, y se encuentra aquí con todos los suyos. Josué también lo había comprendido cuando dijo: “Yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15). Sin recibir instrucciones al respecto, Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: “Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos. Y levantémonos, y subamos a Bet-el; y haré allí altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia, y ha estado conmigo en el camino que he

andado”. Aunque sus hijos comprendieran o no los motivos que hacían actuar así a su padre, ellos debían obedecer. La conducta de Jacob debía ser consecuente con el llamamiento de Dios. Es probable que él, al no gozar de su relación con Dios, fue negligente en no hablar con sus hijos de ella. Cuando Dios operó en su corazón, pudo decirles algo de lo que fue para él en su camino. No les pudo decir que caminó con Dios, como Enoc o Abraham, pero sí que Dios veló sobre él a lo largo de todo su camino. Esto debe hacernos comprender la importancia que hay para un padre de familia en tener una relación personal con Dios, gozar de ella, y de andar en obediencia a su Palabra para poder educar a sus hijos en el temor de Dios y hacerles comprender que están siempre bajo Su mirada. Y cuando, desdichadamente, esto no tiene lugar, podemos siempre, como Jacob, escuchar el llamamiento de Dios: “Sube a Bet-el”, y morar allí, juzgando primeramente todo lo que es incompatible con Su presencia, para andar como es digno del Señor, agradándole en todo, y recibir la bendición que se relaciona con la obediencia.

Había dioses extranjeros en la familia de este patriarca. Figura de lo que, en nuestros corazones, toma el lugar que le pertenece a Dios. Esto debe ser juzgado. Cada uno puede

darse cuenta de qué naturaleza son esos dioses extranjeros en sí mismo y en su casa. El que los resume todos y al que estamos más fácilmente sometidos es a nuestro «yo». Después de haber dicho: “Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros”, Jacob dijo: “limpiaos, y mudad vuestros vestidos”. Debían separarse de toda suciedad, luego, todo el cambio que se operaba en ellos debía manifestarse en su andar, lo que implican los “vestidos”, figura de la profesión. Lo que es visto del exterior debe corresponder a un buen estado del alma, sino la profesión es sin valor delante de Dios.

Todos los dioses extranjeros y los adornos de la carne fueron escondidos debajo de una encina, junto a Siquem. Era allí mismo, todavía sobre el terreno del mundo, que Jacob escondió todas esas cosas antes de irse. Cuando hubieron obedecido, Dios puso su terror sobre las ciudades que los rodeaban para que no los persiguieran.

Obedeciendo a Dios para andar fielmente en su presencia, lo veremos actuar a nuestro favor hasta con aquellos a los cuales hemos dado ocasión de hacernos mal.

Como siempre, hay progresos en un caminar de obediencia. Llegado a Bet-el, Jacob edificó allí un altar que llamó El-bet-el, o Dios de la casa de Dios, porque es allí donde Dios se le había revelado cuando huía de su hermano.

Cuánto habría ganado en tiempo y bendiciones si hubiese tenido confianza en Dios cuando se le había aparecido en este lugar. Pero Dios, que en su bondad lo había seguido, lo volvió a traer a este punto y fue desde ese momento que comenzó a caminar en comunión con Dios, hasta el día de dejar este mundo.

Si hay progreso en el gozo de la comunión con Dios, también lo hay en el juicio de uno mismo. Es lo que nos enseña la muerte y el entierro de la nodriza de Rebeca. No solo hay que dejar cosas externas a nosotros mismos debajo de la encina de Siquem, sino también hay costumbres, maneras de actuar que provienen de la educación o la enseñanza recibida, que hay que abandonar, cueste lo que cueste. En figura, es debajo de “la encina del llanto” (véase 35:8, nota) que hay que sepultarlas. Jacob había sido el alumno de su madre Rebeca, con la cual había crecido en tiendas (25:27-28). Débora había sido la nodriza de Raquel; las dos venían del país de Labán trayendo costumbres de allí. Nosotros también tenemos muchas cosas de este tipo que dejar de lado, para que nuestras costumbres y manera de conducirnos provengan de la enseñanza de la Palabra de Dios y no de nuestra naturaleza. Comprendemos que fue doloroso para Jacob romper con lo que le recordaba a su

madre. Pero, aunque sea muy doloroso romper con lo que es incompatible con la presencia de Dios, es necesario juzgarlo, sepultarlo, dejarlo en la tumba donde Cristo dejó todo lo que caracteriza al viejo hombre.

Los progresos se acentúan en un andar de santidad. Dios apareció otra vez a Jacob y lo bendijo (35:9-15). Le reiteró el cambio de su nombre como lo había hecho en Peniel (cap. 32), porque ahora él puede llevar ese nombre con la conciencia de lo que es: “Israel”, príncipe de Dios (nota versión francesa J.N.D.) en vez de “Jacob”, “el que suplanta” (véase 25:26, nota). Igualmente, nuestra conducta debería ser consecuente al nombre de “cristiano” (Hechos 11:26), que es el de Cristo, y que reemplazó nuestro nombre en Adán. Luego Dios le reveló su nombre: “Yo soy el Dios omnipotente” (Génesis 35:11), revelación que no estaba en condiciones de recibir en Peniel, cuando dijo al ángel: “Declárame ahora tu nombre” (32:29). Ahora conocía a Dios como lo conocía Abraham en el capítulo 17, Aquel que es Todopoderoso (v. 1) para cumplir, en su tiempo, las promesas que hizo. De aquí en adelante, Jacob andará sobre las huellas de Abraham hasta el final de su carrera.

La historia de Jacob es alentadora. Vemos aquí la bondad y fidelidad de Dios hacia uno de

los suyos, al que nos asemejamos mucho. A menudo podemos dirigirnos a Dios como en el Salmo 84 diciendo: “Escucha, oh Dios de Jacob” (v. 8); sabiendo que lo que él fue para Jacob, lo será también para nosotros. Hay momentos en que estamos desanimados por las circunstancias penosas debidas a nuestra infidelidad. En vez de dejarnos lidiar con ellas, Dios nos dice: “Sube a Bet-el, y quédate allí”, es decir: Vuélvete a mí y goza de mi presencia. Tal vez objetamos que no estamos en estado de hacerlo, pero hay que imitar a Jacob, quitar los falsos dioses, limpiarnos, juzgar el mal, a menudo volver lejos hacia atrás, para poder gozar otra vez de la comunión con Dios. Así seremos más conscientes de lo que somos, de lo que la gracia de Dios hizo de nosotros y por nosotros, y conoceremos muchísimo mejor lo que él es para nosotros, no solo como el Omnipotente sino también como nuestro Padre. Muy a menudo, en vez de subir a Bet-el, juzgando todo lo que es incompatible con Dios, en nosotros mismos y en nuestras casas, permanecemos a distancia, sin paz, sin gozo, expuestos a alejarnos aún más del camino de la bendición. ¿Qué hubiese sido de Jacob en las circunstancias en que vivía en Siquem, por su falta y la de sus hijos, si Dios no se

le hubiese acercado en tan triste situación, si no le hubiese dicho: “¿Sube a Bet-el, y quédate allí”? Escuchemos esta voz que nos dice a menudo esas mismas palabras.

S. Prod’hom

La prueba de la fe

Daniel 3

Dios nos presenta en su Palabra algunos principios que se encuentran continuamente en la historia del hombre. Por su naturaleza, todo pecado es similar al de Adán. Nabucodonosor, por ejemplo, representa el poder profano que no depende de Dios. Su posición aumentaba su responsabilidad de glorificar a Dios. Era poderoso, pero su corazón se elevó y consideró que debía ser honrado como un dios. Quiso que todo le estuviera sujeto y erigió una estatua según su propia voluntad, para ser adorado.

Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres

La providencia de Dios había llevado a algunos judíos fieles

hasta Babilonia. Surgió entonces la pregunta: ¿debía el pueblo de Dios someterse a la voluntad del hombre? En principio, los judíos que aceptaban el juicio de Dios tenían que someterse a Nabucodonosor. Pero había aún otro principio para ellos, el de mantener una buena conciencia ante Dios. Si la autoridad real exigía algo opuesto a Dios, el pueblo de Dios no debía hacerlo, porque “es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29). Estas situaciones son muy dolorosas, porque entonces uno debe esperar sufrir plenamente las consecuencias de su obediencia a Dios.

Lo que empeoraba las cosas era que el apoyo de Dios parecía escondido —solo la fe podía discernirlo— mientras que el poder del mundo se manifestaba. Los caldeos se acercaron abiertamente al rey para acusar a los tres hebreos, cuya fe se basaba en algo que no se podía ver. Dios quiere que la fe sea probada y que aprendamos a apoyarnos solo en él.

Dios quiere quemar nuestros lazos

Los tres hebreos habían recibido una posición alta en el mundo. Cuanto más ligado esté un cristiano al mundo, más peligro corre. Tiene que perder y sufrir mucho más porque, cuando Dios interviene, es para que se rompan todos nuestros lazos.

Aunque Dios se esconda, los caminos del hombre no le son ocultos. Él ve las circunstancias y nos pide que seamos fieles, como lo sabían los tres hebreos (Daniel 3:16-17). Sus circunstancias los acercaban demasiado al mundo (2:49). Dios no los liberó de la prueba y no impidió que fueran echados en el horno de fuego ardiendo (3:20). Aparentemente el mundo es más fuerte; Dios permite que sea así, incluso cuando Jesús fue entregado a la muerte. Lo hace para que haya un mejor alivio. Él no evita que suframos, pero manifiesta su poder a nuestro favor de una manera que el mundo nunca esperaría (véase 2 Crónicas 16:8-9). Es posible que la mejora no se manifieste de inmediato: los tres hebreos tuvieron que sentir el terrible poder del mundo y su resultado, que era el horno. Pero, como lo vio Ezequiel en su visión de la gloria divina, los “aros eran... llenos de ojos alrededor” (Ezequiel 1:18), los cuales simbolizan los ojos de Dios que recorren toda la tierra. Dice lo mismo en Apocalipsis 5 versículo 6 en cuanto a la persona del Señor Jesús. Nada escapa a la vista y a la mano de Aquel que murió por nosotros. Tan pronto como mi mirada se fija en él, veo que todo es sabiduría de su parte. Para nosotros también, nuestros sufrimientos nos conducen a la gloria.

El hombre despliega toda su fuerza y toda su ira, pero el resul-

tado de los sufrimientos que Dios permite en nuestras vidas es el de consumir nuestros lazos. Si tenemos cosas del mundo, es algo que Satanás nos ha vendido, y debe ser quemado.

Dios está cerca de nosotros en la prueba

El Hijo de Dios, antes escondido, se mostró en el horno. Los tres hebreos no se lo esperaban. Sus lazos se consumieron y se les manifestó la presencia del Hijo de Dios ¡Este fue **el único** resultado del horno!

Necesitamos mirar a Cristo, a aquel que ha sido rechazado pero que está en medio del trono. Los siete espíritus de Dios (Apocalipsis 5:6) juzgan, no al mundo que no le conoce, sino todos nuestros caminos, todo lo que en nosotros proviene del mundo y de la carne. Bajo la dirección de Dios, estos espíritus preparan todas las cosas para la prueba de nuestros corazones, incluso el horno, y hacen que seamos arrojados en él por el mundo cuyo poder habíamos compartido al disfrutar de sus ventajas. Entonces vemos mejor lo que Dios es para nosotros. Así él se glorifica a sí mismo y manifiesta su propio poder ante el mundo. Cuando surge una persecución, los hijos de Dios están más unidos, más alegres. Sea como fuere, Dios nos aflige

de esta manera para purificarnos y hacernos comprender, por medio de la prueba, que está muy cerca de nosotros. Tenemos que confiar-nos únicamente en Dios, sin saber cómo actuará o hará, solo sabiendo que nos librará (Daniel 3:16-17).

Dios convierte todo para su gloria

Todos se inclinan ante la estatua de oro, los tres hebreos permanecen de pie, porque conocen el poder de Dios que el mundo no ve. Nada escapa a Dios, él hará que todo se convierta para su gloria y para nuestra gloria, y nos hará gustar la bendita presencia de su Hijo. Esta es nuestra recompensa y alegría.

En todas nuestras aflicciones, Cristo fue afligido. Él entró en todos los detalles de nuestros sufrimientos, y él mismo nos precedió allí.

J.N. Darby

Las astucias de Satanás

A primera vista, no es edificante tratar un tal tema. Sin embargo, la Biblia presenta al diablo como un ser que realmente existe y siempre

se opone a Cristo y a los suyos. Por eso no podemos simplemente dejarlo de lado.

“El diablo peca desde el principio” (1 Juan 3:8). Es “el príncipe de este mundo” y “el dios de este siglo” (Juan 12:31; 2 Corintios 4:4). Es poderoso, incluso aunque no sea todopoderoso. Desde su nacimiento, todo ser humano está en el ámbito donde tiene lugar la dominación de Satanás. Aquellos que aceptaron al Señor Jesús como su Salvador fueron “librados de la potestad de las tinieblas, y trasladados al reino” del amado Hijo del Padre (Colosenses 1:13). Han dejado el dominio de Satanás, caracterizado por las tinieblas, y ahora están en el dominio de Cristo, caracterizado por la luz (Hechos 26:18). Este cambio es inmenso y, para todos los que están ahora del lado de Cristo, es un motivo diario de gratitud y alegría.

Sin embargo, incluso si el diablo ya no domina a los creyentes, él es y sigue siendo su enemigo. Es el gran adversario de Cristo y hace todo lo posible para dañar a los que lo han aceptado en sus vidas. Tiene dos aliados terribles: la carne en nosotros y el mundo que nos rodea.

Hemos sido arrebatados del poder del diablo. Sin embargo, siempre está en contra de nosotros y trata de hacernos daño. Es nuestro adversario (1 Pedro 5:8). La

historia de Job pone de relieve esto, y muchos otros pasajes de la Biblia revelan su actividad contra los creyentes (por ejemplo, Zacarías 3:1 y 1 Crónicas 21:1). Satanás puede incluso llenar el corazón de uno de ellos (Hechos 5:3). Sus astucias son múltiples y diversas, y se nos insta a resistir de sus asechanzas (Efesios 6:11). Por eso es útil para nosotros conocer sus caracteres. Así que consideremos algunas de las advertencias que Dios nos da en su Palabra acerca de cómo Satanás actúa.

1) **La mentira:** El diablo es el gran mentiroso, y se le llama “padre de mentira” (Juan 8:44). Ya lo vemos en Génesis 3, cuando entró por primera vez en escena, en el huerto del Edén. Todas las actividades del diablo están marcadas por mentiras. Todo lo que dice, o trata de hacer creer, es algo que no es la verdad. Deforma los hechos, o los niega.

2) **El engaño:** Esto está estrechamente ligado a la mentira. Satanás siempre procura engañar a los hombres. Se presenta “como ángel de luz” y envía a sus mensajeros que “se disfrazan como ministros de justicia” (2 Corintios 11:14-15). El mayor engaño de Satanás aún no ha llegado, cuando “se manifestará aquel inicuo” —el anticristo— “cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos”

(2 Tesalonicenses 2:8-9). Pero el principio ya está activo hoy.

3) **La deformación de la verdad:** Esto también está estrechamente ligado a las mentiras. Satanás es astuto para alterar la Palabra de Dios, adaptarla a sus planes y luego hacernos creer que este es el pensamiento de Dios. Así es como consiguió derribar a Eva (Génesis 3:1). Incluso en la tentación del Señor Jesús en el desierto, trató de alcanzar su meta usando una cita del Antiguo Testamento, por supuesto sin éxito (Lucas 4:10-11).

4) **La imitación de lo que es divino:** Satanás procura imitar lo que es divino para confundirnos y desestabilizarnos. Llevó a los hechiceros de Egipto para imitar los milagros de Moisés (Éxodo 7:22). En el campo donde se siembra la buena semilla, siembra cizaña que se parece al grano bueno. Así, trabaja para corromper la siega (Mateo 13:25, 39). Para conocer en qué las imitaciones difieren de la verdad, necesitamos discernimiento espiritual.

5) **La seducción:** Satanás siempre tratará de inducir a los creyentes al mal y a la independencia de Dios. Jesús dijo a uno de sus discípulos: “Satanás os ha pedido para zanzanearos como a trigo” (Lucas 22:31). Conoce nuestras debilidades y sabe cómo derribarnos, por ejemplo: seducción moral (1 Corintios 7:5). En esta área, el diablo a menudo ha

ganado victorias porque no hemos estado lo suficientemente vigilantes. El apóstol Juan nos advierte seriamente contra “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Juan 2:16).

6) **Neutralizar el efecto de la Palabra:** Uno de los esfuerzos constantes de Satanás es procurar eliminar el efecto de la Palabra de Dios en nuestros corazones, de modo que no haya fruto para Dios en nuestra vida. Si no permanecemos vigilantes y no aceptamos esta Palabra, arrebata la semilla que Dios siembra en nuestro corazón cuando la leemos o escuchamos (Mateo 13:19).

7) **Los obstáculos a la obra de Dios:** Pablo y sus colaboradores tuvieron que experimentar los esfuerzos de Satanás para oponerse a la obra del Señor. Dios puede permitir que Satanás la obstaculice, o incluso la impida. Si bien las intenciones de los misioneros eran buenas y sus motivos eran correctos, Satanás les impidió ir a Tesalónica, y esto sucedió dos veces (1 Tesalonicenses 2:18). Por lo tanto, debemos contar con el hecho de que Satanás, aún hoy, está haciendo todo lo posible para impedir que se haga la obra del Señor.

8) **La persecución:** La Biblia nos presenta al diablo no solo como aquel que ataca de una manera

sutil y oculta, sino también como “león rugiente” que busca a quien devorar (1 Pedro 5:8). Fue bajo este carácter que los creyentes en Esmirna trataron con él: el diablo iba a echar a algunos de ellos en la cárcel (Apocalipsis 2:10). El gran número de mártires en la historia de la Iglesia evidencia tristemente esta actividad.

9) **El sufrimiento:** La historia de Job nos cuenta cómo Satanás ataca directamente a un creyente infligiendo un gran sufrimiento corporal sobre él. Pablo también ha experimentado tales ataques, ya que habla de un mensajero de Satanás que le abofeteaba (2 Corintios 12:7). Pero recordemos que el diablo no puede hacer nada si Dios no se lo permite. Dios está por encima de todas las cosas. Esto también está muy claro en la historia de Job. Es Dios quien determina la intensidad y la duración de la prueba (1 Corintios 10:13; 1 Pedro 1:7).

Hablando de Satanás, Pablo escribió a los corintios: “No ignoramos sus maquinaciones” (2 Corintios 2:11). Es muy importante tener en cuenta esto, y que sepamos con qué enemigo estamos tratando. Es una necesidad conocer sus intenciones y métodos, para no subestimar el peligro que representan para nosotros.

Para concluir este tema negativo con algo positivo, mencionemos dos hechos alentadores.

— Satanás es un **enemigo derrotado**. “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8). “Por medio de la muerte”, el Señor Jesús destruyó “al que tenía el imperio de la muerte” (Hebreos 2:14). La obra de Cristo en la cruz fue el triunfo sobre Satanás y todas las huestes espirituales de maldad (Efesios 6:12): “Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:15).

— Esta victoria en la cruz **pronto será visible**. Pablo escribe a los romanos: “Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies” (Romanos 16:20). El diablo será atado y arrojado al abismo. Después de esto será desatado por un poco de tiempo (Apocalipsis 20:2-3), y luego “lanzado en el lago de fuego y azufre” por la eternidad (v. 7, 10).

E.A. Bremicker

Pensamiento

Todo lo que nos aparta de la oración es necesariamente malo, cualquier cosa que sea.

Te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios.

Hechos 26:17-18

Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí.

Efesios 6:18-19

Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos. Y levantémonos, y subamos a Bet-el; y haré allí altar al Dios que me respondió.

Génesis 35:2-3

El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies.

Romanos 16:20

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
